

Verónica la niña biónica

Mauricio Paredes

Ilustraciones: Verónica Grech



loqueleg

El Túnel del tiempo



La primera vez que Mauricio vio a Verónica la niña biónica, le pareció la persona más misteriosa y saltarina que jamás había conocido en su vida. Después descubriría que su comportamiento estrafalario se debía a que tenía superpoderes. Es decir, no era una niña común y corriente, sino que una superniña.

Aquel domingo tan insólito se había levantado muy temprano, antes del amanecer, para ir a pescar a la desembocadura del río Porrazo. En realidad no se llamaba río Porrazo, pero todos los del colegio le decían así porque las piedras en el fondo eran sumamente resbalosas, y bastaba un pequeño descuido para darse un costalazo o torcerse el tobillo.

La noche anterior había puesto el despertador entusiasmado, pero ahora tenía tanto sueño que tomaba desayuno con los ojos cerrados y un poco como que se arrepentía de su propio ataque de fanatismo.

—¿Al final vas a ir con alguien? —le preguntó su mamá mientras terminaba de ponerle mantequilla a las tostadas.

A Mauricio siempre le había encantado el olor a pan tostado, especialmente en la cocina, al desayuno. También el de la leche caliente con chocolate. Le había dicho a su mamá que él mismo se las iba a arreglar en la mañana, que no se preocupara. Ella se levantó de todas formas; de hecho, fue ella quien apagó el pitido del reloj despertador, mientras él estiraba el brazo buscando a tientas sobre el velador. Le gustaba dormir tapado entero, dejando un mínimo túnel para poder respirar, aunque también, a veces...

—¿Mauricio?

Al escuchar nuevamente la voz maternal regresó al mundo de los despiertos. Su cuerpo funcionaba en cámara lenta, y por suerte, porque mientras divagaba, se había ido agachando hacia la mesa y estaba a punto de meter la nariz en la taza. Con razón sentía cada vez más intenso el olor a chocolate caliente.

—¿Estás seguro que todavía tienes ganas de ir? Si quieres tomamos desayuno juntos y después te vuelves a acostar.

Él levantó la cabeza lo más que pudo y trató de enfocar la imagen de su mamá, parada



junto al lavaplatos. Tenía puesta su bata de levantar y el delantal de cocina encima. Los primeros rayos de luz la iluminaban por detrás, desde la ventana, y la hacían verse un poco chascona. Pero era su mamá, y para él era la más linda y buena del mundo.

—Sí, mamá.

Ella sonrió.

—¿Sí qué? ¿Sí, quieres ir a dormir un poco más, o sí, estás decidido a tu aventura de cazador?

—De pescador —la corrigió.

—Bueno, de pescador. ¿Pero acaso un pescador no es un cazador de peces?

Ahora fue Mauricio quien sonrió, al mismo tiempo que tomaba el primer sorbo. Sabía que en realidad no era exactamente lo mismo, pero aún tenía su cerebro muy dormido como para razonar. Además, sabía también que ella sí entendía la diferencia, pero que estaba haciéndole una broma. Las mamás pueden ser muy tiernas, pero sus chistes son los más aburridos del mundo.

Antes de salir revisó por última vez su equipo de pesca. Primero: el tarro grande de café, vacío y sin la etiqueta, por supuesto, que serviría de carrete. Segundo: suficiente hilo y varios anzuelos. Tercero: el tarro chico de café,

donde tenía guardadas las carnadas. Le había hecho varios agujeros a la tapa con un clavo, para que los gusanos de tebo pudiesen respirar tranquilos. Cuarto: el balde para echar los pescados. Quinto, sexto y séptimo: zapatillas y calcetines de repuesto por si se mojaba, dos panes de jamón y queso, y la parka «porque a esta hora todavía está helado». Metió en la mochila estos últimos cachivaches, cortesía de ya saben quién, cerró todos los bolsillos y se la puso al hombro.

Efectivamente, al final nadie del curso había querido acompañarlo. Porque era demasiado temprano, porque a esa hora en el río Porrazo soplaban un viento congelante, porque no iban a pescar nada...

«Puras excusas», pensó al emprender el paso. «¿Cómo saben que no van a encontrar peces si ni siquiera prueban suerte?».

La verdad es que Mauricio se llevaba bien con todos sus compañeros, lo pasaba de lo mejor y nunca había tenido una pelea, ni mucho menos. Pero sentía que le faltaba un *mejor amigo*, alguien con quien fuesen inseparables, jugaran siempre juntos, se contaran sus secretos. Alguien a quien no le diera flojera ni frío acompañarlo a pescar un domingo en la madrugada.

El camino más corto para llegar al río Porrazo, desde su casa, era cruzar la Plaza de los Chicos, pasando frente a la iglesia, el colegio, y después tomar el Túnel del tiempo hasta llegar al lago. Por supuesto que el Túnel del tiempo no era un túnel del tiempo de verdad, ni siquiera era túnel, sino que una larga calle con grandes árboles a los lados, uno detrás del otro, formando una fila que parecía interminable. Lo interesante era que las ramas se habían curvado hacia el centro, allá en las alturas, hasta enredarse las de un lado con las del otro, formando así una especie de gruta gigante.

Normalmente, las copas se balanceaban con el viento, las ramas crujían y las hojas sonaban, pero algunas pocas veces, cuando el día estaba quieto y no se levantaba ni un poco de tierra del camino, se producía un silencio absoluto y parecía como si el tiempo se hubiese detenido.

Si tuviera su bicicleta buena, no tardaría más de diez minutos, pero no quería ni recordar aquel *accidente* por ahora. En todo caso, era realmente escalofriante caminar en total soledad, con apenas un poco de luz que asomaba por los cerros. Parecía un pueblo de fantasmas, o tal vez uno en que todos los habitantes hubiesen desaparecido misteriosamente. Las

cosas se veían quietas, más que de costumbre, los columpios de la Plaza de los Chicos, los letreros, incluso las casas. Todos los objetos parecían estar aguantando la respiración para que no los descubrieran moviéndose, como si estuvieran jugando «Un, dos, tres, momia es». Los pájaros recién comenzaban a cantar y el rocío humedecía el polvo del suelo.

Quizás todas estas señales tan extrañas eran para indicarle que ese día sería distinto a todos los demás, que esa mañana en que él, con toda inocencia, pensaba ir a pescar, conocería a un verdadero superhéroe, y que de todos los superhéroes y superheroínas del mundo, justo conocería a Verónica la niña biónica.